



Lugares II  
Otros lugares



**Lugares II**

**OTROS LUGARES**

Varios autores componentes del Foro de creación literaria  
Iceberg Nocturno

© 2007. Varios autores  
Todos los derechos reservados a favor de Iceberg Nocturno

© Portada diseño y difusión de la obra: Íttakus

Edición cortesía de [www.publicatuslibros.com](http://www.publicatuslibros.com) quedando rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin expresa autorización de su autor.

Publicatuslibros.com es una iniciativa de:

Íttakus, sociedad para la información, S.L.  
CIF B 23576481  
C/ Sierra Mágina, 10.  
23009 Jaén-España  
[www.ittakus.com](http://www.ittakus.com)



## INDICE de AUTORES

**La Ciudad en la que vivo** (Pilar Moreno Wallace)  
1er premio *ex-aequo*

**Entre la Soledad y el Alma** (Fernando R. Ortega)  
1er premio *ex-aequo*

**Tánger en la memoria** (Isamar)  
2º premio

**Viaje con Tanit** (Aurelio García)  
Nominado

**El Braseró** (Marila)  
Nominada

**Aquel Pueblo del Valle D' Afueva** (José Álvarez)

**El Embalse de Linares** (Rosa Mª Arroyo)

**El Jardín de Concha** (Ángeles Cantalapiedra)

**El Restaurante** (Emma Rosa)

**En las lindes de mi mundo** (Ángeles Cantalapiedra)

**En un lugar de mi ciudad** (Ángeles Cantalapiedra)

**La Plaza crucificada** (Cati Cobas)

**Las tazas de la Abuela** (Emma Rosa)

**Lugares en el recuerdo** (Alicia Ríos)

**No hay un lugar...** (Alicia Ríos)

**Retrato de una Isla. (1.810)** (Manuel Cubero)

**Sin pasaje** (Andrea Zurlo)

**Sobre separaciones y distancias** (Andrea Zurlo)

## LA CIUDAD EN LA QUE VIVO

Por Pilar Moreno Wallace

Cuando la conocí me recibió con un abrazo frío, tanto, que el aliento se hizo niebla desdibujando la silueta de una torre chata, desde donde me llegaba el latido de su corazón acogedor y clásico. Ensimismada en el gris perla del invierno, y con la gravedad que le hacían sentir sus años al saberse parte de la historia, la ciudad aparecía sumergida en un sueño blanco sin príncipe alguno que hiciera posible su despertar. Tierra sin sombra y con raíces ancladas antes del milenio, superó intranquilos años tras ser repetidamente violada, que le dejó cicatrices imborrables en su piel.

No fue fácil dejar lo abierto y siempre cercano de la vega malagueña, por una ciudad -Deventer- consciente de su lugar en el paisaje holandés. Necesitamos tiempo para acercarnos: ella desde el pasado, absorta en sus límites y tradiciones, inmovible en su manera de ser, y yo con la titubeante curiosidad de mi destino, añorando paisajes y el aire cálido, con un algo de tristeza y ganas de vivir. A veces se confundían mis lágrimas por la pérdida de mis azules con su lluvia mansa, antídoto para el verde húmedo de sus veranos. Pero en ella también había amor y asombros, armonía en el nombre, y hasta su viento dirigía la mirada hacia el Sur.

Me vi dejando huellas en las piedras de las calles, buscando su secreto en cada rincón. Las fachadas me hicieron confidente de hechos presenciados, sus museos compartieron secretos y curiosidades, busqué el infinito en un río con pretensiones de mar, y escalé la torre más alta de su iglesia deseando olvidar por unos momentos tanta horizontalidad. Finalmente hablamos la misma lengua.

Ahora, acomodada a su tiempo, he hecho mío su espacio y su luz. Espero a que el viento arrastre los grises, a que el invierno se pasee mesurado y gentil, a que broten tulipanes, a que no desaparezcan pronto los verdes, a que siga el azul en Delft, y a que el sol produzca sombras donde dormir los sueños que vuelvo a tener. Soy suya y fiel en estos momentos, y ella lo sabe.

## ENTRE LA SOLEDAD Y EL ALMA

Por Fernando R. Ortega “Nin@delapuerta”

¡Clac, clac, clac! Los tres cierres de mi maleta cumplen su cometido: guardar el contenido en un extraño recipiente.

Me iré a cualquier lugar que me ayude a desterrar esa enorme sensación de que el mundo está vacío, el mar se ha vuelto color de chocolate y las nubes sólo tapan el horizonte por la sencilla razón, de que el horizonte no existe.

La maleta, mi vieja maleta de siempre. Me ha acompañado hasta los lugares más inexpugnables de mi interior. Viajes de ida y vuelta hacia ningún lugar. Compraba los billetes, pero era incapaz de salir de la habitación en la que mantenía encerrados a mis pulmones.

El armario, siempre repleto de ropa, trajes, corbatas, estaba perennemente vacío de recuerdos. Ropajes huérfanos del más mínimo de los segundos de un ayer que todos tenemos y que, sin embargo, ellos, como yo, no disfrutamos. Pero es inútil esperar. El tiempo ha borrado los vestigios de lo que puede llegar a durar un día. Al contrario; ha instalado la noche como única medida del tiempo, como compañera exclusiva de las doce incisiones en mi muñeca; dos vueltas por cada una.

¿Y el sol? Tres letras conjugadas.

Camino sin rumbo por la habitación. No me queda nada más por recoger. Creo que está todo. Hasta mis sentidos. Sí. La vista la he envuelto en papel de periódico; mi tacto va empaquetado en una caja de lata; el oído se encierra entre dos conchas; mi olfato, amputado, descansa tranquilo entre algodones en la parte derecha y el gusto, desafinado y enmohecido, anoche se esfumó por el desagüe de la ducha.

Tuve un reconfortante baño. Me descamé. Aligeraba el grosor de mi piel con largas y lentas cepilladas: arriba, abajo. Una puerta que no encaja es tratada con más delicadeza por el carpintero. Si no termina de ajustar, de nuevo, pasa su cepillo con esmero por los cantos para que cierre definitivamente la entrada del salón.

Mis brazos, los cantos desgastados de una puerta de salida, de emergencia, de “*exit*”. Quien me atravesase, respirará. El agua se iba llenando de virutas de piel. Cada una representaba un respunte deshilachado de mi memoria.

Los meses anteriores los había cosido a base de esperas inútiles, horas incontables, días inexistentes, sueños abruptos.

Ahora se irían definitivamente mezclados con jabón, irritados como mis ojos. Adiós.

Por eso, ya no podía seguir sufriendo más. Mis sentidos, en la maleta, a buen recaudo. Mi pasado, extinguido, disuelto, tragado por las entrañas de las tuberías de aquel dúplex fortificado.

Era hora de partir. La maleta no pesaba mucho. Me pareció más ligera de lo que creía. Por supuesto era voluminosa. Los sentidos no caben en cualquier sitio; no. Necesitan buen acondicionamiento, excelente ubicación y, por su puesto, unas magníficas vistas para disfrutar del paisaje.

La llave indicaba que la taquilla elegida era la 123. Extraña asignación. Tres números seguidos. También sinónimos de su voz. Ahora aquí, después allá, y mañana, otra vez, aquí. ¡Uno, dos, tres! Un ritmo cansino, miliciano. Artillera de precisión.

Ese instante no fue justo conmigo: el mensajero me trajo la llave número 123. ¡Puto orden! No quiero, no deseo, no añoro más orden. ¿Y el caos? Quiero que llegue el apocalipsis, que los edificios se derrumben, que las fábricas exploten, que el mar se desborde, que las montañas escupan lava y que los números se alteren tanto que parezcan una cadena de señoritas atiborradas de LSD.

El 123 me quemó la palma derecha de mi mano. Entre las tres rayas que configuraban mi segura muerte, el enorme calor de esa habitación hizo que los números quedaran tatuados en la única predicción que tenemos los humanos; para el resto de mis días, si es que aún había días por vivir.

Arrastré la maleta hasta la salida. La puerta se abre señorial, sin hacer ruido. Perfectamente engrasada, lijada, cepillada. Su creador, el ebanista sabio, la trató con mimo. Como se tratan a todas las criaturas que uno pare. Yo me preñé de ella; sin embargo, ella me escupió a la cara.

El ascensor empieza a descender. Hay sólo tres plantas; el viaje dura una hora. Miro mi reloj. La muesca de las tres está supurando.

Sesenta minutos encerrado en este cubículo. A media altura, una plancha metálica indica "push". Pongo mi mano sobre las letras. Está helada. Bien podía haber bajado a conocer a Lucifer. Estaría ahora hirviendo, abrasándome entre calderos de oro llenos de mujeres que me dejarían beber de sus pechos. Pero no; es una gélida sensación que me inmoviliza. Tengo que ser valiente. Después de todo, he sido capaz de guardar mis sentidos en la maleta. ¿Que debía temer?

Cinco minutos más de espera. Hace más frío. Si no doy un paso me congelo. No debí desprenderme ayer de tantos recuerdos. Ahora me protegerían de este hiriente frío.

Mis piernas se movieron en un acto reflejo. Toco la puerta en el lugar indicado y ésta se abre majestuosa.

Por un momento pienso que, definitivamente, me invade la ceguera; este blanco níveo lo envuelve todo. Hasta mis ojos. Doy pasos tímidos, angustiado, sobrecogido. No debería estar aquí. Me tuve que quedar arriba, no salir de la habitación, estaba muy bien allí con mis sentidos y mis recuerdos. Solo, pero bien acompañado. Ahora no me queda nada; además, sufro de una desorientación “ascensórica” y estoy atrapado en esta marea blanca. Nunca tuve un viaje similar.

Los pasos se fueron haciendo más largos y tranquilos. Sosegado, continué caminando. Blanco y más blanco. Nunca estuve en una nube. Alaska me invitaba a subir, pero no llegué a comprar ese billete. ¿Temeroso tal vez? No, acojonado. Siempre acojonado. Los miedos, las responsabilidades, los complejos me asían habitualmente del escroto y no me dejaban pensar. Alaska me esperó, pero yo nunca llegué.

*“Caminante-no-hay-camino-se-hace-camino-al-  
andar”* canturreaba, mientras seguía inmerso en aquella blancura universal que no tenía la más mínima de las intenciones de desaparecer.

Miraba al suelo; tampoco había camino, ni senda, ni guía. Sigo andando; espero llegar al final de este blanco paseo.

De nuevo, otra puerta. Negra azabache. Esta vez era un enorme borrón en un folio gigante. Toco su pomo. La “m” de mi mano izquierda queda subrayada. Las miro: a la derecha, 123 y a la izquierda una “m” negra. Cierro y aprieto. Las vuelvo abrir. 123, “m” negra.

¿Qué es todo aquello? La puerta, como un párpado, se levanta lentamente. Entro guiado por una música que huele a labios mojados, que sabe a sexo y que deleita las yemas de mis dedos como si de la piel de ella estuviera recién duchada.

La sala, repleta de espejos, proyecta en mis retinas todas las caras de mi ser. Un silencio abisal recorre mi cuerpo. Inmóvil, mis ojos zigzaguean en todas direcciones. Levanto la mirada hasta el techo.

La inscripción aleja las incógnitas del paseo: “Bienvenido a tu soledad. Abre la maleta y deja el alma adherida a estos espejos”.

## TÁNGER EN LA MEMORIA

Por IsaMar

Los almíbares de su pasado fluyen convertidos en lágrimas de sangre de un presente que se agría por segundos.

La tierra que me vio nacer, pero que apenas tuve tiempo de vivir, fue el paraíso soñado para todos cuantos arribaron sus costas desde innumerables partes del mundo, hasta mediados del siglo XX, imprimiéndole así su sello de ciudad cosmopolita por todos los rincones del planeta.

Por el Boulevard Pasteur, no era difícil encontrarse con cantidad de artistas que por el transitaban; escultores, pintores, músicos, escritores, etc., se daban cita en los innumerables cafés existentes en la zona, todos ellos de diferentes razas y lenguas que la dotaron de una mezcla de culturas sin precedentes en aquella época.

La plaza del Zoco Grande, en el principio de la parte vieja de la ciudad, atrapaba al transeúnte con el olor a mil especias surtidas que en los tenderetes eran expuestas al público, en platos blancos rigurosamente ordenados. Toda la plaza estaba cuajada de puestos de flores, dulces, frutos secos, telas, cacharros, todo un placer para los sentidos.

La plaza del Zoco Chico, era una pequeña plaza rodeada de cafeterías. Aquí no había mercados pero si, todo tipo de negocios entre comerciantes sin comercios, inversores y buscadores de fortuna.

El faro Spartel, divisaba la arena blanca de la playa y proyectaba su luz sobre las aguas cristalinas que bañaban el horizonte. Era el guardián de aquel oasis de paz, de aquella playa virgen, sin rival en cuanto a belleza.

Ocasos castaños y estrellas de colores, envolvían la ciudad de norte a sur, y de este a oeste, rezumando una mezcla de olores exóticos que se alojaban en mi piel, y donde hoy aún mi nariz conserva su esencia plenamente como si fuera ayer.

Aquellos tiempos de mieles se transformaron en barro podrido que arrancó de cuajo mi raíz de su cielo, cambiando de repente el rumbo del destino. Nada ni nadie pudo frenar la ambición de una independencia absurda, un caos que la sumió en la más absoluta de las miserias, arrastrándola hacia un coma irreversible.

Hoy veo agonizar al sol que mira a un mar teñido de azabache, cubierto de sombras de pateras asesinas, donde miles de corazones sin apenas oxígeno, se debaten entre la vida y la muerte; presos inocentes condenados a cadena perpetua que piden a gritos clemencia, pero el mundo no tiene oídos.

Mientras tanto, millones de almas repartidas por todo el universo, lloran por esa tierra castigada que les abrió las puertas del edén de par en par, atesorando en la memoria los dulces recuerdos que para siempre añoraran sus retinas, esas que se quedaron encandiladas eternamente por la luz de la ciudad hospitalaria que siempre fue y será mi querida Tánger.

## VIAJE CON TANIT

Por Aurelio García

Pasan los años rápido cada sesenta segundos. Es un misterio que, cumplidos los cincuenta, nadie se explica; sin embargo, llegado a esta edad, reconozco que no vale la pena seguir creando nuevas ruinas y desaciertos con la pretensión de mejorar lo que sólo son espejismos de felicidad.

No quiero esas dudosas compensaciones de un más allá que no conozco, sólo quiero que mi vida se realice plena contigo, total, aquí y ahora. Compartir todos los placeres del cuerpo. Mostrarme humano. Juntos, exacerbar los sentimientos entre las sábanas.

A mil kilómetros hora; a una altura de nueve mil ochocientos metros; soplando un viento de cola a ciento ochenta kilómetros hora; soportando setenta y un mil kilos de peso. Ahí abajo está Túnez. Las nubes flotan y pasan por el cielo o se desvanecen lentamente. Como modernos aníbalas sobre los lomos de un enorme elefante volador, y a una temperatura exterior de cincuenta y ocho grados bajo cero..., y hay aún quién dice que los milagros no existen.

El horizonte se aleja en cada paso que doy. No miro atrás para no convertirme en estatua de sal. Estoy avaro de emociones, lejos del tedio. Cualquier cosa que sucede llena el tiempo sin matarlo. Escribo, apunto, amarro las palabras de la experiencia para que no venga luego el remordimiento del olvido. Sin embargo, pienso que escribir es más peligroso que jugar a la güija, porque hay en las cosas un misterio que se oculta y para que jamás puedan ser entendidas. Es difícil atrapar lo sucedido en palabras para contarlo; por eso mismo quiero, desde el principio, describir lo real para alcanzar sólo lo verdadero.

Sin duda, la verdad se oculta detrás de las palabras y éstas, como racimos de cerezas, se enredan en mi cerebro e impiden trazar el pensamiento para fijarlo con la permanencia de la tinta sobre este papel blanco. Escribir es asomarse a un lugar que ya no es, ya no existe, pero quiero dejar constancia de lo que sé de él y de lo que en él encontré y aún persiste en mi memoria.

### DÍA 1:

---

Quizás en remotos tiempos fui moro bereber, o cristiano viejo e incluso musulmán, o judío expulsado del reino de Granada; hasta quién sabe si cartaginés, fenicio, romano, vándalo, bizantino, pirata barbazul, o turco otomano, por los múltiples rasgos belicosos que descubro entre mis defectos. Es posible. Ahora regreso a una patria antigua como turista curioso, deseoso por pisar la tierra que dejé en la antigüedad, donde yace mi cadáver de otro cuerpo orientado la cabeza hacia la Meca.

Ridha, que significa “Alegría en la satisfacción” nos recibe en el aeropuerto. Es moreno de tez cetrina, culto y muy educado. Es de esas personas que suelen abrir la boca para decir sólo palabras importantes y saben escuchar afirmando con la cabeza. Más tarde, descubrí que también sabe mirar a lo lejos, más allá de la realidad aparente. Piensa, como yo, que la sinceridad es más sabia que la hipocresía porque te lleva más lejos y te hace sentir mejor dentro del pellejo. Conoce mil historias y leyendas de su país. Está casado y tiene dos hijos. Es practicante activo de los preceptos del Corán. También, como todos los de esta tierra, es altivo y orgulloso, intuyo que sea por motivos de un cierto complejo trastocado de conquistadores a conquistados por hordas estúpidas en estos tiempos de globalización, donde ahora les corresponde alimentarse tan sólo del turismo y de la agricultura.

He conocido un colosal anfiteatro en El-Jem. Un gigantesco coliseo romano, construido en el siglo III, con una capacidad de treinta mil personas. Recuerdo en él antiguas riadas humanas deseosas de sangre pasear por sus galerías abovedadas y sentarse en los graderíos de piedra alrededor de un ruedo elíptico para disfrutar de los gladiadores que luchan hasta morir. Aquí es donde una vez tú fuiste leona y yo esclavo cristiano; entonces ya te indiqué, con el dedo, que comenzaras primero por el cuello y continuases, lentamente, saciándote con el resto. Aún hoy siento tu rugido y el placer de ser devorado mi corazón en el país de las cosas mudas.

Escribo: Gozo de la carne que te doy, lo mismo que mi cuerpo, del tuyo, recibe.

Aquí la vida parece suspendida, inmóvil, lejos de las estridencias de las prisas de otras grandes ciudades. Encuentro en este paisaje, como un olor a infancia que soy incapaz de explicar.

Desde este minibús, lleno de ojos, observo a la población. Multitud de niños y jóvenes entrando o saliendo de las escuelas están por todas partes. Las mujeres visten con la “mellia” clásica árabe de colores extraños en su mezcla: azul y púrpura, marrón y verde, naranja y negro; chocantes ocre con rojos. Son muchachas hermosas estas hembras morenas, mediotapadas y muy pocas enveladas; sus manos pintadas con tatuajes de henna, y perfumado su cuerpo de almizcle con aromas de jazmín. Los muchachos son atléticos y hermosos; algunos llevan la “chechia” -una especie de gorro redondo de fieltro de color rojo encendido- y ofrecen ramitos de jazmín blanco a un dinar. Su dedicación, casi exclusiva, es la venta de mil repetidas baratijas, en un incesante regateo en los zocos que aprenden de sus más de tres mil años de historia. Todos los chicos y las chicas gesticulan y ríen.

Anoto: Juventud: divino tesoro que se agota en horas. Primavera y adolescentes en flor de sementera.

Trato de ser respetuoso ante la contemplación de todo lo que me rodea.

Mi presencia anónima y la actitud desinteresada de las personas me dan el valor suficiente para atreverme a fotografiar sus vidas sin esa sensación repelente de curioso y descarado extranjero.

En la estepa crece, espontáneo, el esparto, formando matorrales donde, después, las mujeres lo arrancarán doblando la cintura y, junto con los ancianos, harán cestas y bolsas con estas fibras de color verde seco.

Mientras, los maridos esperan sentados al fresco de la calle, en grupo, fumando tabaco en pipa de agua. Toman el té negro o verde, absortos, miran pasar el tiempo y también esas bandadas alegres de gorriones antiguos piando como locos entre el polvo y el olor a estiércol.

## DÍA 2:

---

Por el norte, en la carretera que atraviesa el Sahel -la parte más fértil del país- voy pensando y tratando de adivinar la vida de otras costumbres, en otros olivos cuidados en diagonal geométricos, en otras vides iluminadas por el sol y dispuestas ya para madurar la uva. Campos donde hay verdes granados, y árboles de pistachos en brote, y limoneros, naranjales, albaricoques, y melocotoneros; altas palmeras y pastos débiles de verde para el ganado de ovejas, cabras, burros o dromedarios.

Más al sur, por la misma vía que conduce a Libia y después a Egipto, al fondo a la derecha, aquellas montañas áridas del Atlas se funden con el cielo azul, y son como transparentes entre la bruma de la distancia que marca la frontera con Argelia. El paisaje se hace monótono, me entretengo observando los adelantamientos temerarios de los escasos vehículos en circulación, o escucho, con los ojos cerrados, "Pasión", esa música bíblica de Peter Gabriel que parece transportarme en una especie de Caballo de Troya con ruedas por esta antigua tierra.

A ambos lados de la carretera, hay múltiples puestos de venta ambulante de gasolina del contrabando "legal" procedente de las refinerías de Trípoli.

Encuentro a mi paso escasas poblaciones dispersas, con algunas casas pintadas de rosa o rojo indicando al viajero de la venta y consumo, ahí mismo y en el acto, de carne de cordero, cabra o dromedario a la brasa.

Por este motivo cuelgan los animales, sangrantes y despellejados, exponiéndolos al sol y a las mosca y la vista de aquel que pasa rumbo a la Meca. La cabeza de un dromedario cuelga de un gancho de carnicero y parece observarme al otro lado de la ventanilla como invitándome a comer su cuerpo ya dispuesto en trozos de carne para la venta.

Aún más al sur, con dirección al desierto del Sahara, se percibe que estas gentes aman el espacio abierto. Los poblados son casas diseminadas de forma y modo que es el vacío lo que más llama la atención. No se percibe en apariencia ningún plan que regule u ordene las viviendas en los poblados, y no existen las calles, aceras, alumbrado o alcantarillado. No buscan “adosarse” con los otros quizás por reminiscencias a una forma de vida independiente y aislada en el desierto (ya casi perdida). Las viviendas sólidas están a medio construir, en cualquier sitio y sin huir del sol; son como jaimas muy feas, de ladrillos y cementos, que nunca parecen terminadas por causas económicas, o quizás, a la espera de continuar la obra cuando algún hijo se case y decida establecerse entre un nuevo andamiaje.

Por aquí, la poca agricultora es de secano: garbanzos, trigo duro, cebada, avena, centeno, alubias, y algún que otro árbol sediento, solitario como el sol.

Me viene una frase a la cabeza y la anoto: Soy trigo que da pan.

Me sorprende el poblado de Matmata por sus viviendas escavadas en las montañas áridas y arenosas, donde el mayor trabajo del día es obtener el agua suficiente para seguir viviendo. Viven unas seiscientas familias trogloditas beréberes en su interior. Son morenos de piel, casi negros. En las entradas a estas cuevas-vivienda aparecen dibujadas, torpemente en azul, manos de fátimas y colas de pescados para ahuyentar el mal de ojo. Para estas gentes del desierto, me sobran razones para pensar que es una victoria el estar vivo en un continuo sufrir de privaciones. Todo esto es un inmenso nido levemente habitado, lleno de polvo sin vida y ausencias. Bajo el cielo azul, sólo piedra, barbecho y arena.

### DÍA 3:

---

Tengo ante mí, por primera vez, un paisaje desconocido: el desierto. Una tierra inestable y cansada, fatigada por un sol duro que ablanda cualquier voluntad y ansiosa de agua. Es una belleza terrible, solitaria. Más que arena es acúmulo de polvo. Es un inagotable mar seco o el mismo fondo marino sin agua con las huellas del persistente oleaje de vientos calientes sobre las dunas. Su color es bello a cualquier hora del día, fascinante allá donde la vista alcanza. La nada envuelta en arena y azul en un horizonte circular lejano.

Los ojos ayudan a componer el paisaje de inmensa soledad, donde no hay lugar concreto ni huella de ningún paso que haya caminado antes por ella. Es una tierra muerta. Es una tierra inútil, plena de historias, de calimas y siglos, de fatigas y de amarguras. Bajo la arena se pueden oír los gritos de dolor y los aullidos de mil batallas; esqueletos del pasado que ningún arqueólogo desentierra.

Un puñado de esa arena caliente, finísima, es como polvo que se escapa entre los dedos. No hay sombras sin luz y aquí todo es luz

sin sombras que daña la piel y seca los ojos. El calor que cae es de plomo derretido.

Azules y ocres suaves, amarillentos puros de sol, naranjas sobre púrpuras de nácar. Paisajes de nómadas y fascinación y donde la nada parece ser el sentido mismo del misterio de la vida. No observé zarzas apagadas ni maná caer del cielo, sólo un bello silencio abierto. En la oscuridad de la noche, el enigma de las estrellas sobre el oscuro azul del cielo cóncavo, es el mejor espectáculo del mundo. A tu lado, esa multitud de estrellas, tan cercanas y luminosas, dibujan pecados sobre nuestras cabezas en esta soledad erótica inmensa.

Absorto voy observando, sentado junto a la ventanilla. El paisaje se diluye a lo lejos en una neblina seca de calima. Algún que otro nómada busca pastos para el ganado con la paciencia de un dromedario, entre alguna que otra pita e inmensas chumberas. Le salen al paso bandadas de pájaros alzando el vuelo sobre su cabeza, enloquecidos por su cercana presencia. La vida aquí es difícil. Se añora el verdor de la hierba y, es tan ancho este espacio libre y plano, que caben en él todas las penas del mundo y aún sobra espacio en este inmenso suelo de arena.

Escribo: Nada sobre nada; da el sol a plomo.

Yo también veo pasar el tiempo. Es una manera de decir. Pequeñas aldeas desiertas donde apenas unos chiquillos o ancianos se dejan ver, y alguna que otra mujer muy tapada va deprisa de una casa a otra. Las calles parecen desiertas y tan solo se mueve el lento asentarse del polvo sobre la suciedad dispersa.

Después de amar, anoto: Sobre la cama y a la luz de la luna me paso las noches enteras haciendo compañía a mi estrella. Alborotan los pájaros con su siringe ahí fuera mientras amo. Y el tiempo se detiene. Prendido a ella toda la noche no renuncio a nada y menos al placer. Mis madrugadas son lúcidas, sin fatigas ni sueños.

#### DÍA 4:

---

Existen lagos secos de sal, eriales salinos donde los espejismos son el reflejo del deseo de todo aquello que no existe, y pájaros de incesante piar en inmensos oasis de palmeras dulces que producen los mejores dátiles del mundo, los llamados “dedos de luz”. Aquí las construcciones son ocres, pobres, como belenes bíblicos y, un poco más allá, las dunas de arena se apoderan ya del paisaje. Vence el desierto.

Sorprende el sonido de su idioma que es el árabe, aunque la mayoría son bilingües y hablan también francés o cualquier otro idioma que se requiera para el negocio de los bazares; aquí todas las españolas son llamadas Maricarmen, quizás, por esa querencia de jardines que tienen todos los pueblos del desierto (Carmen=Jardín).

El dialecto bereber, chelha o tachelnit sólo se habla en pueblecitos aislados del interior. En Túnez, el bereber es una lengua hablada; carece de escritura.

Los baños públicos o “hamman” son el lugar ideal para relajarse y charlar de la vida con los tunecinos. Después de un baño tibio de calor húmedo y sudor, es una tortura deliciosa sentir ese masaje, legado por los turcos, desentumecer y desanudar cada una de las articulaciones entre quejidos de satisfacción más parecidos al llanto que al jadeo del orgasmo.

Sentir que el tiempo pasa sin importancia alguna, dejando atrás esos pequeños proyectos inmediatos que nos atontecen el momento. Dejar fluir la vida respirando las fragancias de un buen té negro, acompañado de unos dátiles naturales; dejar mecer la vida por múltiples placeres diminutos. Tomar un zumo de palmera, ese jugo de savia macerada al sol, como aquel que reconoce en su boca sabores perdidos y siempre, muy cerca, mi odalisca de los deseos a la altura de los labios.

Es increíble estar frente a los deseados y magníficos mosaicos que se conservan en el Museo del Bardo, son testimonios romanos hermosos, donde muestran la vida y costumbre de aquella época pasada. En una cámara, cubierta de azulejos y cúpula de revoco esculpido, pude contemplar, al fin, el famoso mosaico de teselas del siglo III que representa a Virgilio y a las musas Clío y Melpómene.

Más tarde caminé sobre las termas romanas de Antonino y entre las ruinas de Cartago. Apenas queda nada de la antigua ciudad púnica porque recuerdo que Escipión nos hizo demoler cada edificio, y nos mandó echar sal sobre sus ruinas para impedir que volviera a brotar la más débil brizna de vida en ese lugar.

Sumergirse en la historia dejando volar la imaginación, relejendo a Herodoto, o la Eneida, o Salambó, en las espléndidas playas de Hammamet, Souse, Monastir o Madhia...

Dejo anotado: Anoche soñé con máscaras sardónicas de feroces facciones distorsionadas; con tesoros púnicos de piedras preciosas y alabastros; con lámparas de aceite adornadas con cabezas de ancianos cuyas barbas son las mechas. Soñé con las estatuas funerarias de mármol. Después fui bautizado en una sala paleocristiana en cuya pila bautismal se encontraba el mismísimo San Agustín. Soñé con imponentes estatuas de bronce y bustos de piedra. Con unos pies y una cabeza de un Júpiter gigantesco. Con hermafroditas enanos y con un Apolo bellísimo. También soñé contigo entre columnas rosadas asomadas al Mediterráneo. Te despojabas del vestido, cubriéndote tan sólo con una sonrisa, y avanzabas hacia mí. Toqué tu cuerpo con amor reverente, como si de un objeto sagrado se tratase, y que acaricio, comulgo y beso.

DÍA 5:

---

En otra época sé que fui niña púnica sacrificada a la diosa Tanit (la antigua Astarté de los fenicios) y mis restos funerarios fueron cenizas depositadas en urna de piedra junto a otras mil más hoy desenterradas.

Fue en el oasis de Tozeur, donde suena la música tradicional árabe con influencias andaluzas y turcas. Es de una percusión hipnótica, con instrumentos tribales de piel de cabra y por otros de viento, muy rudimentarios, que arrastra a participar en un baile alegre y desinhibido, donde los pies y el cuerpo se funden alegres con la dicha del balanceo púbico y una sonrisa siempre. Esa música es algo que corre por mi sangre como un fuego secreto que alimenta mi entusiasmo, y parece no tener principio ni fin en el cuerpo de esa mujer hermosa que inflama y seduce. Es un gozo sensual que tiene su colofón al día siguiente, cuando dejo las sábanas revueltas y salgo del hotel temprano con el amor bien hecho.

Dejo anotado: Soy también mi sexo. A tu lado lo erótico se contamina de religión. Demasiada carnalidad que excita mi alma y sofoca mis sentidos con la calma de tu sexo.

El oasis de Kibilis fue escenario del comercio de esclavos, donde, en otra época, fui nómada almohade capturado y comprado por la caprichosa sultana de Tarik.

Douz es la puerta al desierto del Sahara. Un bello oasis de miles de palmeras y cultivos. Un infinito trinar de pájaros invisibles me deja aturcido, además del fuerte olor que desprende el sudor y la mierda de innumerables rebaños de dromedarios dispersos y cansinos. Estos están siempre dispuestos para pasear a un “beduino” como yo, sentado en sus cachas como un torpe Lorenzo de Arabia. Son extraños animales fatigados que me miran con la paciencia y el saber de lo estúpido que puedo llegar a ser.

Pequeños paseos por calesas de lata pintadas con fuertes colores, y arrastradas por mulos o borricos de pueblo. Es para aprovechar el tirón del viajero deseoso por desplazarse, y ver aquello que sólo se alcanza con la vista sin ninguna necesidad de moverse del sitio.

Al lado de la carretera observo cementerios de inexistentes muros que separen a los vivos de los muertos. Esas altas murallas las construye el sentido común, incapaz de ver el misterio que delimita el presente con un futuro pretérito más cerca cada segundo. No hay cruces y quizás ya ni muertos. Solo manchas blancas sobre la tierra baldía o una piedra áspera orientada a la Meca. A los muertos se los entierra sin cajas, sin ataúdes, sobre la tierra caliente, envueltos en mortajas de sábanas muy blancas y muy limpias. Mi alma presente otros cuerpos aquí enterrados que en otros tiempos la albergaron.

Anoto: En momentos de desolación y tristeza busco el calor de otra mano en la mía y siempre la encuentro. He nacido para amar el placer sobre tu cuerpo las veinticuatro horas de cada segundo. Tú pueblas mis noches de amor interminable. A tu lado, soy capaz de contar una a una las estrellas de ese firmamento oscuro; aunque a veces pienso que ya hemos tocado el velo de Tanit, de Isis, y nuestras almas inocentes serán inmoladas en las fauces de Moloch.

## DÍA 6:

---

He sido devuelto a la vida varias veces. He regresado desde la muerte, que es a donde voy en las próximas horas, para luego volver otra vez, una y mil veces. Esto lo digo sin estar bajo los efectos de ninguna droga, sólo por la alegría de saberme vivo aquí de nuevo. Aquí estoy más vivo que nunca. Respiro hondo, feliz, como quien respira vida. Ahora se muy bien que el mayor pecado es disimular los sentidos y tratar de confundir al corazón.

La gastronomía en Túnez es distinta y a la vez parecida. Simple para el paladar que reconoce cada uno de los componentes que lo integran. Desde el aceite de oliva y el uso incesante de especias como el anís, el cilantro, romero, tomillo, comino, albahaca, alcaravea, canela, azafrán..., y las deliciosas sorpresas picantes cuando menos te lo esperas. Es el cuscús a base de sémola de trigo, legumbres, verduras, cordero y pollo cocido al vapor, una delicia siempre y acompañada por ensaladas frescas con queso de cabra y con aceitunas negras. Son excelentes los vinos de escaso cuerpo. Los postres son dulces de almendra, mermelada de higos y miel. Después, un té negro, verde, a la menta, o con piñones, o un café turco, o un zumo de naranjas sanguinas, o agua de rosas, o una copa de licor de Boukha obtenido del destilado de higos, o del rico Thibarine de dátiles y plantas aromáticas, para terminar todo, como es menester, con una erótica siesta..., y cuanto desperté, tú todavía estabas allí.

Paseo por estrechas callejas, por sus arcos adornados de la medina y sus zocos que me hace sentir como un intruso en un cuento de las Mil y una noches; sólo soy interrumpido por los molestos vendedores de "souvenirs" (que no son cosa nueva, que ya otros lo hacían hace mil años)

Un beduino no es un bereber sino un habitante del desierto, sinónimo de nómada, de pastor trashumante. Hay muchos beréberes que siguen siendo nómadas y otros no. Los encuentro, muy dóciles y atentos, en hoteles sirviendo copas de alcohol, sólo permitido a imbéciles como yo. Este pueblo está muy repartido entre Egipto, Libia, Argelia, Marruecos y Mauritania.

Por el setecientos once volví Al-Andalus a lomos de un precioso caballo árabe, atravesé Gibraltar y Gadir para llegar a la bella Córdoba; yo era el orgullo de mi jefe Tarik.

Este pueblo y su arquitectura de cúpulas y alminares, de mezquitas elegantes y exóticas, de puertas azules, del color del azul de cielo (enemigo de los insectos) me atrae irresistiblemente.

Aquí, después de los romanos, llegaron los vándalos y bizantinos. La palabra “vandalismo” se usa desde entonces por la castración y desnarigamiento de todas las estatuas y bustos romanos que estos vándalos del norte realizaron con saña y desprecio. Hay mucha sangre tunecina en cada uno de mis genes almohade, pero ninguna de vándalo.

La belleza y hermosura de la mezquita en Kairouán ya estaba presente en el cisma del Islam entre sunnitas y chiitas, aquí, entre sus magníficas murallas y las letanías en los múltiples minaretes, fui concubina de un califa Omeya.

Por este mar Mediterráneo, y en estas costas, navegué con corsarios y piratas barbarojas, saqueadores de guarniciones españolas y fue donde un prisionero llamado Cervantes me contó la historia de un loco que pretendía escribir si le ayudaba a escapar del agujero infecto donde se pudría.

Desde la ventana se ve el mar. De él llegan hasta aquí murmullos y voces. En la noche, el Mare Nostrum está cubierto de luces multicolores; en esa líquida piel antigua se reflejan hilillos de luz infantil. Es un espejo oscuro y a la vez luminoso, encerrado, viejo, maltratado por una polución industrial desmedida. El mar reluce con reflejos que dibujan en el agua un firmamento nuevo, incluida esa luna de yeso con agujeros. Miro las estrellas con el vértigo de saber que ni una sola vida basta para llegar a la más próxima debido a su inmensa distancia.

Escribo antes de regresar: Mientras este cuerpo viva despierto, arderé de pasión y quemaré cada átomo del corazón de hombre que ahora habito. Con amor, con sentimiento, con locura, con poesía, con erección y ardiente orgasmo. Por la bragueta me salvo del infierno aunque, tal vez, sea esta la causa de mi perdición futura. Soy un genio agazapado en la lámpara de tu corazón en espera de esos tres deseos; aunque, a veces, soy un canalla con una sonrisa en mi hocico y una lágrima en tus ojos.

Vale la pena estar en el mundo, lo sé por experiencia; por eso desprecio a aquellos que se juegan la vida en cualquier actividad peligrosa.

En esta tierra aprendí muy pronto a decir “aslama” (buenos días) y “bislama” (adiós). Salen de mis labios, como besos, para este hermoso pueblo y sus gentes, aquí, donde yo nací y morí tantas veces en otros tiempos.

## **EL BRASERO (Un lugar en el recuerdo)**

**Por Marila**

Este atardecer, de repente, he sentido un frío incomprensible.

Aún se deslizaban lentos los treinta y ocho grados del medio día. Sin embargo, el hielo del interior se escapaba por los poros del alma.

He querido cobijarme en los recuerdos de otras tardes, ya muy lejanas y más entradas en el invierno. Me he escapado a mi casa; mi casa sigue siendo la casa de mis padres; la siento mucho más mía que ésta, en la que habito desde hace más de una veintena de años.

¡Tantas remembranzas pegadas en aquellas paredes!

Fueron aquellas vivencias las que abonaron mis raíces, las que mantiene mi memoria, algunas tan difusas que hoy, al cabo de los años, no podría asegurar cuáles de ellas fueron reales y cuáles sólo sueños. Fue allí donde comenzó mi vida.

Este atardecer, de repente, perdida entre los viejos fantasmas, he recostado la cabeza y, cerrando los ojos, he huido medio siglo hacia atrás.

La sala era grande y espaciosa, como son las casas antiguas en los pueblos. En el centro, una enorme camilla rodeada de sillas y sillones. Allí hacíamos la vida el tiempo que estábamos en casa.

Éramos cinco hermanos más los primos y agregados que siempre había.

“Te como ésta y cuento veinte...” “De Oca a Oca y tiro por que me toca...” “Veo, veo...” ¿Y qué ves...?

-Anda, niña, échale una firmita al brasero.

La mesa redonda; en aquellos tiempos pensaba yo que así de grande debía ser la del Rey Arturo. Luego, a medida que pasaban los años, me fui dando cuenta de cómo se achicaba a medida que yo crecía.

Debajo: la tarima. Le habían quitado las seis patas de madera que tenía y, habían sido sustituidas por otras de hierro que, combadas hacia el centro, sujetaban un aro, también de hierro, para poner los pies en alto.

En el hueco del centro, el brasero: dorado y brillante a fuerza de Sidol, y, con dos asa lindamente torneadas, que de poco servían cuando estaba el calor en su cenit; se recalentaban tanto que no podías tocarlas.

Encima y tapando toda la copa, una tapadera del mismo metal, como un cono, troquelada con raros dibujos en forma de hojas y, en la punta superior, una bola para asirla.

Sobre la tarima, unas veces en un lugar y otras en otro, la badila. Como una gran espumadera, también en bronce, para darle vuelta y, remover aquel montón de brasitas pequeñas en que se habían convertido el cisco o picón, y que, poco a poco, se habían ido consumiendo y cambiando en cenizas, cubriendo las pequeñas brasas.

Era entonces cuando había que remeter aquellas cenizas por los extremos para sacar nuevamente las ascuas a la parte superior: “la firmita”.

¡Que dulce y acogedor era aquel calor que emanaba y arropaba a los sentados a su alrededor!

No sé porqué, me parece que el brasero, en aquella época, unía mucho más a las familias.

Mis padres tenían su sitio preestablecido y era respetado; los demás elegían a medida que iban llegando.

Cada tarde, alrededor de esa mesa nos sentábamos a hacer los deberes.

Entonces, no había mesitas individuales, ni sillones anatómicos. Cada uno a su tarea, deseando terminar cuanto antes para empezar a jugar a algo.

A esas horas, casi nunca estaban mis padres, pero sí, la tata que, sentada con su eterna labor de crochet, era quien vigilaba nuestra aplicación y no consentía que ninguno se distrajesse de sus deberes. También ella tenía su sitio: el más cercado a una mesa adosada a la pared, encima de la cual, estaba la radio: un armatoste de madera con los números y los nombres de las emisoras a un lado, y una rejilla delante del altavoz en el otro. Unos botones en fila, de baquelita y filo dorado: eran los mandos.

Después de terminar los deberes, jugábamos y alborotábamos hasta el momento en que la tata dejaba su labor encima de la mesa, se levantaba y encendía la radio. Era como un ritual, siempre a la misma hora.

En ese momento, mi primo Juan, hacía su aparición fiel y puntual cada día. Era un demonio y se le ocurrían las travesuras más impensables, ¡pero era el más divertido de todos!

A nuestros oídos llegaba indefectiblemente, en esos momentos, la misma musiquilla, sintonía anunciadora de “la novela de la tarde”:

“Yo soy aquel negrito, del África tropicaaaaaal, que cultivado cantaba, la canción del Cola Cao. Y como verán ustedes, les voy a relataaaaaar las múltiples cualidades de este producto sin par. Es el

Cola Cao desayuno y merienda...es el colacao desayuno y merienda-  
iiiiideal...”

Era el producto que patrocinaba el serial: la interminable y dramática novela de amores desgraciados e imposibles.

Meses y meses llevaba la tata siguiendo sus capítulos; pañuelo en mano para sonarse la nariz a cada momento, después de cada suspiro o hipado, llorando como si sintiera en carne propia, las desgracias de su protagonista “Lucecita”.

En esos momentos no se podía rechistar; hablábamos en voz baja y ¡ay! del que alzara la voz y le hiciera perderse alguna frase!

Alguien se levantaba entonces y traía de la cocina una de zapatos con bellotas para asar en el brasero.

El proceso siguiente era: hacer un pequeño corte a cada bellota para que no explotasen mientras se asaban.

Nos levantábamos y, retirando las sillas, eso sí, sin hacer el más leve ruido; echábamos las enaguas de la camilla sobre la tapa y, metíamos las cabezas por debajo. Todos reíamos mirando las gordas pantorrillas de la tata que, con las piernas abiertas, nos permitía llegar con nuestros pícaros ojos hasta bien arriba de los grandes muslos. Mi primo Juan decía que no llevaba bragas, pero yo creo que se lo imaginaba porque el vértice estaba demasiado oscuro para saberlo.

Íbamos enterrando bellotas alrededor del brasero, junto al borde, en la parte que ya era ceniza. Luego nos volvíamos a sentar a esperar pacientemente unos minutos para que se asasen, mientras mirábamos impacientes a cada segundo, el reloj de pared que presidía la sala. Después habría que sacarlas una a una, ayudándose con la badila, las pondríamos sobre la tarima dejando esta perdida de ceniza, y esperar hasta que se enfriaran un poco para poder cogerlas, echarlas en la caja y, ya sentados de nuevo, vendría la degustación.

Pero aquella tarde no llegamos a saborearlas.

De repente: ¡Plofffff! Y un desgarrador alarido de la tata que hizo acudir a todos los habitantes de la casa.

La sonrisa socarrona de mi primo, me hizo pensar que no había sido casual el percance, además, él sabía de sobra cómo había que enterrar la bellota para que saliese disparada en el sentido deseado: justo en el centro del vértice.

Llamaron a médico, pero don Ramiro no estaba. Se había ausentado por la muerte de un familiar y un colega suyo le suplía.

En aquellos tiempos, en los pueblos no existían ambulatorios ni centros de salud; el médico veía a sus pacientes en su casa, cuando no iba personalmente a la casa de su paciente. Conocía a todos sus

enfermos y guardaba en su cabeza el fichero de cada uno; sabía perfectamente el chico que había tenido paperas, quién pasó el sarampión o quién estuvo con varicela.

Su colega aseguraba que había sido un acto sátiro contra la anciana y estaba empeñado en ir al cuartelillo a poner una denuncia. De seguro que lo habría hecho, si no fuera porque quiso la providencia que en ese momento volviese don Ramiro y le convenciera que había sido un simple accidente y le hiciera desistir de su idea.

La tata se llevó unos días recostada con las piernas abiertas y unas gasas y cremas en el lugar del impacto.

Aquella tarde fue la última vez que ese año nos permitieron asar bellotas.

## **AQUEL PUEBLO DEL VALLE D'AFUEVA**

**Por José Álvarez Arnal "Atho"**

Es el cementerio de mi pueblo. Crisantemos y tristeza abundan sobre las tumbas de tierra y nichos. Está amaneciendo.

Las flores que adornan las sepulturas son numerosas, tantas, como caricias y besos dejamos de dar a muchos familiares y amigos cuando estaban entre nosotros.

La senda que va del pueblo al camposanto da vueltas a la cruz de cemento que se levanta a pocos metros de la fachada. Las mariposas azules presagian buenos augurios. Nunca he creído en su simbolismo... hoy he visto una, y he recibido noticias, buenas noticias. El vuelo de las azules, van desde la cruz hasta las flores que adornan las tumbas, pasando por la verja de la puerta. Las de otros colores olvidaron el recorrido.

Una plaza de toros con carros agrícolas se ha montado en la plaza mayor. Gran cantidad de personas subidas a ellos. Son las fiestas patronales. Un hermoso toro tordo sale furioso de una caja de camión en el cual ha sido transportado. Rugen los espectadores. La fiesta estalla, hermosa y española.

No se... estoy enterrando los mosquitos de mi tristeza. Parece ser que me estoy dirigiendo hacia un destino feliz. O, ¿tal vez? el destino es atractivo, lúcido, y extraordinario porque ahora amo de verdad.

Beth, te dejé porque descubrí que tu mirada estaba vacía... algo pasaba. ¡Ay!... si hubiera podido hacer un nudo celta con tus besos... Un paisaje boscoso rodea las casas. Piedras musgosas acariciadas por un pequeño río indolente.

Este musgo profundo, en este valle, me recuerda que es cierto. Al otro lado, hay un mundo de hadas, de dioses y de héroes.

Escribo ahora apoyado sobre estas piedras monacales venidas de los más ignoto por el camino que abrieron las oraciones de los monjes de probada fe, con palabras silenciosas que volaron hacia... pero, no consiguieron que se convirtiera el monasterio, tras su abandono, en un montón de ruinas. Ahora mi alma es una huella sobre el agua, un sueño que se consume. Solo quiero pensar, escribir... ¡no!... no sé describir tanta paz. ¡Cómo agitan sus ramas los abetos! Y, no es de la brisa... estos árboles están escribiendo en el libro de los siglos, la historia del monasterio. Estoy seguro que en el próximo solsticio, sobre el dolmen de Tella, bañado por las primeras luces que se hundirán más y más en mi pecho, me transformaré en habitante de un mundo poblado de seres soñados.

La cadera, con más de un siglo de existencia, marca el territorio del lar, sobre ella, se van reflejando las llamas del fuego que parece danzar al compás de la melodía "Forever loving" que suena en el interior de la cabaña.

Recuerdo cuando fui tirando trozos del viejo amor para huir con el nuevo. Éste, tiene ojos oscuros, más sexual, más misteriosa, más transgresora... con ésta soy capaz de hazañas imposibles. Corremos, sobre el bien y el mal, pálidos de locura, sin contaminarnos, y como Eufemo, veloces sobre las olas, sin mojarnos.

Eloísa y yo, escuchábamos con poderosa fascinación las notas de "Noches de blanco satén", abrazados delante del hogar. Nuestras sombras parpadeaban sobre el suelo de la cabaña, muy juntas, como una sola.

Antes de separarnos, quisimos ver como se transforma en azul los pájaros al volar. Abrazado a su cuerpo que desprendía olor a cerezas, posé mi rostro sobre su vientre que temblaba como las flores en los prados.

Escuchamos como los abetos golpeaban el horizonte, y como la tarde empujaba para dar paso al crepúsculo, que, lleno de magia, deseaba mirarse en sus ojos de gacela.

Tumbados en el prado, recibimos un baño de luna joven. Y nuestras manos se apoderaron de sus misterios. Abrimos nuestros cuerpos de par en par para recibir nuestras caricias como burbujas de colores, como sortijas de un amor que brilla en un paraíso imposible. Nos perdimos en la orilla de una eternidad que no nos pertenece.

Al amanecer salimos cogidos de la mano. Ella, acariciada por el viento suave, se alejó de mí hasta confundirse entre la lejanía del valle.

Somos dos grandes árboles que gritan. Cuando no nos acaricie el viento, seremos astillas en brasa, que daremos vida a un fuego eterno.

*In memoriam*

## **EL EMBALSE DE LINARES (1)**

**Por Rosa M<sup>a</sup> Arroyo**

¡Cuánta desolación ya desde la primera curva que le anuncia en el sinuoso curso del río! Hasta los chopos centenarios se van rindiendo, en las falsas orillas que bordean la carretera que sale de Ayllón, camino de Soria, para llegar por estribor a Maderuelo **(2)** y divisar, en la última curva, la silueta del puente nuevo, el cual hace pequeño e indefenso el otro, con ojos de medioevo, que asoma en la adustez de la arrugada tierra: cuajadas formas deformadas que aúllan en los picos indelebles de una búsqueda total de serenidad.

Dicen que es el día el que adormece las sombras, que el silencio desbarata el aleteo de las hojas en las copas cuando se mira sin ver, que apenas es irrespirable la *muerte* que se adivina..., pero siento, esta tarde, un aire vivo que habita por momentos la apatía de las horas donde el lodo parece investigar el fondo... buscando. Reír, llorar, ser... en la lejanía, mas sólo percibo en ese paisaje un rostro de anciano envejecido repentinamente con las entrañas embarradas de nostalgia de tiempos mejores...

A golpe de respiración entrecortada, un imaginario ahogo falto de agua sube y baja mis pensamientos (sin marea posible), abarcando, en cada partícula invisible, restos de emociones cruzadas. Ni el cielo azul blanquecino, ni el rosa aventurado que se perfila en el horizonte, arrancan de mí esas formas que, también, yo busco.

Y trae esta tarde arropadas las sombras de las paredes enterradas, donde se adivina un rumor incesante de copas con su sonido incestuoso, acompañando el cotidiano vivir que ya no existe aquí abajo... con todos los gozos y los llantos dormidos para siempre...

Hoy amarillea la arena rojiza que hacía de sus aguas fondo arcilloso. Todo el verde ha desaparecido dejando paso al blanco calizo de sus laderas.

¡Cuánta piedra desnuda saluda al sol inmisericorde!, parece que, de un momento a otro, las casas sepultadas por las aguas durante décadas, comiencen a tomar vida, y los tejados invisibles se tiznen, de nuevo, de brillos y humeantes chimeneas, o el sueño de un prado amplio y goteado de rocío regrese a la memoria olvidada de ojos sangrantes en sepia... como si su mirada pudiera convertir el carbón de la puntas de los dedos en las estalactitas que escriben de nuevo las orillas semiperdidas y sus uñas arañaran, con la inconsciencia, los tejados silenciosos que pintan los deseos.

Desde el puente nuevo, todo es falsa altura sin sus aguas multitudinarias en tiempos de aridez absoluta, derramándose el río Rianza en doloroso parto, casi convertido en fuente seca. Y aquí, el

tiempo pulula incesante cuán motas de polvo, híbridas y flotantes, donde un horizonte de ojos rayados, casi de movimiento enfermizo, esconde miradas en un fondo todavía por descubrir: un perecedero sentimiento que pretende ser imperecedero, colgándose férreo a las lianas de una hondura infinita.

Sé que avanzarán las miradas arqueológicas y curiosas por el adobe antiguo de muros y dinteles, por el ojo semiabierto desde el que se asoman dovelas viejas, y preguntarán a las voces que aún quedan desperdigadas en otras tierras cómo eran los recovecos pueblo anegados por las aguas, ahora gran parte de ellas evaporadas sin consideración. El calendario seco se apoderó del paisaje, y Maderuelo, el pueblo que siempre lo miró desde sus perfiles de inmenso barco, parece ahora encallado en una tierra cuarteada y sin futuro.

Y siento, al fin, que lo que ven mis ojos sea la exhumación de todo un pueblo bajo la atenta mirada de la Virgen de Castrobody que, con nostalgia, se asoma desde lo alto estirando inútilmente sus manos mientras acaricia, con dedos atardecidos, la Ermita de la Vera Cruz **(3)**: románico ausente de húmedas marcas en sus paredes y que guarda para siempre en sus frescos el secreto de los habitantes de Linares.

Rosa M. Arroyo// (Agosto 2006)

**(1)** - El embalse recoge el testigo de su nombre del pueblo segoviano de Linares del Arroyo, desaparecido, a causa de las aguas, en el año 1952 (en este pueblo vivían 120 vecinos, 60 de los cuales se trasladaron a vivir a La Vid, y el resto se repartieron entre Aranda de Duero, Madrid y Valladolid).

**(2)** - *Villa edificada sobre un alargado espolón rocoso, que domina los meandros del Riaza en su descenso hacia el Duero. Su origen se remonta al siglo X, cuando formó parte de la primera línea defensiva de la margen izquierda del éste río.*

**(3)** - *Iglesia románica con base mozárabe, que data de finales del siglo XI y principios del XII.*

## EL JARDÍN DE CONCHA

Por M<sup>a</sup> Ángeles Cantalapiedra

Hoy entré en tus paredes tapizadas de flor marchita; Mordí el polvo de los tiempos mientras desenterraba recortes de tu vida. El silencio hacía eco a mis pisadas para reinventar tu huella en plata sobre fondo gris.

Me dije que escribir es vivir otras vidas y me convertí en rehén de tu memoria.

Desempolvé el cofre de recuerdos sin manchar, empaqueté tu vida y me la traje a la mía; hoy la contemplo en todo su esplendor.

Eras distinta y lo sabías. Vital y soñadora. Tierna y mimada te hicieron quien abasteció tus horas de enjambres y pistilos, de dulces sueños escondidos en los recovecos de tu alma.

Al llegar al otoño de tu camino, volviste los ojos al pasado pero, no fue antes del invierno, cuando evocaste pasajes de un lejano ayer bañado de rosas y espinos. Allí te refugiaste, un rincón donde las hojas ocres bailaban un vals y tu cuerpo se vestía de seda violácea.

El suelo se cubría de un manto dorado y tus pies eran dos alas volando por los recuerdos.

Unos ojos, achinados por la luz, sonreían mientras el abanico de sus pestañas jugaba al despiste... Así eras tú en el papel sepia donde te contemplo.

No eras la instantánea de una foto, tus vestigios te delataban así como la huella de tu ser que no será olvidada.

Prendiste un jardín en tu solapa para ver de cerca lo hermoso y bello de tus recuerdos. A él llegaron los aromas de lavanda y jazmín y a su sombra esperaste tu hora magna.

Ahora, relato sobre tus surcos, despejo telarañas, bruño el metal de tus enseres, el cristal opaco de un tiempo que retorna en toda su belleza...

Sigo el rastro del agua fresca que sustentó tu historia en ese lugar inédito para mí.

En este amanecer bermellón me paseo por tu jardín, Concha, en busca de tu eco. Las palabras, a veces, despistan. Sin embargo, la memoria ayuda a recordar y sé que algo te debía...

## EL RESTAURANTE

Por Emma Rosa

Aquel lunes, a la una en punto de la tarde, el hombre no llamó demasiado la atención. Con incipiente calva, gafas de montura plateada transparentando unos ojos ligeramente saltones y traje gris con corbata de rayas, entró por la puerta del restaurante aspirando por la nariz como si estuviera oteando el horizonte.

Habló con el camarero y tras decir que quería comer, se sentó en la mesa que le indicaron, leyó el menú y, sin más ceremonia, pidió su comida:

-Por favor, me trae sopa de cocido y pollo asado con ensalada. Para beber, agua fría con una rodaja de limón. Ah, y espero que no tarden mucho en servirme; tengo el tiempo bastante limitado.

Se dedicó a observar a su alrededor: el local era pequeño, el sitio perfecto para sus planes. Un negocio familiar que anunciaba comida casera y buen trato a los posibles clientes que, normalmente, quedaban tan a gusto con los servicios prestados que terminaban convirtiéndose en asiduos.

Apenas habían pasado cinco minutos cuando le sirvieron el primer plato. La sopa estaba muy sabrosa y dio cuenta de una buena ración pero, cuando probó el pollo, frunció el entrecejo y llamó al camarero, le dijo que aquello no se podía comer, que estaba reseco y duro como cartón. Y no, no quería que le trajeran otra cosa; sencillamente tenía prisa y se le había quitado el hambre. Pagó su cuenta y se fue.

Al día siguiente, martes, el mismo hombre volvió a entrar en el restaurante a la una en punto de la tarde. Tras hablar con el camarero - que se asombró de verlo otra vez después de lo que había pasado-, se sentó en la misma mesa y pidió su comida:

-Por favor, me trae una sopa de pescado y un chuletón con ensalada.

Como el día anterior, y con la misma rapidez, nuestro hombre se comió su buena ración de sopa y, después, al probar la carne, volvió a arrugar el entrecejo alegando que estaba demasiado crudo, prácticamente sin hacer. Pidió su cuenta y se marchó otra vez, sin aspavientos y sin llamar tampoco la atención; ninguno de los escasos clientes que había a esa hora se habían percatado del incidente, y el camarero se limitó a encogerse de hombros y recoger los platos.

Al tercer día, el miércoles, el mismo cliente misterioso. La misma ceremonia. Esta vez eligió una crema de verduras que degustó tranquilamente y, cuando probó la merluza en salsa, se quejó otra vez. Según él tenía un olor raro como si no estuviera fresca. Pagó su cuenta y se marchó casi tan rápido como había entrado.

El jueves, el camarero, que ya había dado por sentado que el cliente aquel tan extraño no aparecería más por allí, creyó que tenía alucinaciones al verlo aparecer de nuevo a la una en punto, y empezó a sentir curiosidad por saber cómo se desarrollarían los acontecimientos. Su tío, que era el cocinero, se había disgustado al principio, pero él le había ido calmando, sugiriendo que era un tipo raro, y que igual estaba chalado; que, mientras pagara y no alborotara, mejor dejarlo estar.

Le sirvió una sopa de tomate y verduras que, como siempre, desapareció en seguida del plato del comensal y, después unos espaguetis que aunque parecían apetitosos se quedaron casi sin probar, la excusa esta vez fue que estaban demasiado cocidos y pastosos.

El viernes, el camarero, según se acercaba la una de la tarde, ya estaba pendiente de la puerta y de la mesa para que no la ocupara nadie; tenía los nervios a flor de piel. Su tío se había tomado ya muy mal la escena del día anterior y había dejado claro que si volvía a aparecer por allí aquel estúpido le serviría él personalmente la comida. Para rematar la mañana, habían tenido problemas con los proveedores, y el cocinero estaba de un humor insoportable.

El hombre del traje gris entró por la puerta, esta vez su ropa era azul marino y traía un maletín en la mano. Se sentó a la mesa y pidió una sopa, pero no especificó de qué, dijo simplemente que le encantaban todas y que lo sorprendieran.

Cuando el joven se presentó en la cocina con semejante petición su tío le contestó mientras le lanzaba una mirada fulminante:

-¡Así que se ha atrevido a volver, eh! Pues esta vez le atenderé yo personalmente.

Sirvió sopa en un plato y le echó diversos ingredientes y, dándole la espalda, agregó algo más que su sobrino no supo ni quiso adivinar lo que podría ser.

Se acercó con el plato a la mesa y, con una extraña cara de circunstancias, se dirigió al cliente:

-Una sopa especial de la casa, para un cliente muy especial. Veamos ese paladar tan fino que tiene usted si distingue los sabores – añadió en tono retador.

Nuestro hombre, sin decir nada, revolvió el líquido y, sacando un botecito de plástico, empezó a verter dentro cucharadas de sopa.

El cocinero se puso lívido y le preguntó con inmenso terror si era un inspector de Sanidad o algo así. Pero el extraño cliente le contestó con absoluta tranquilidad.

-¡Oh, no!, no se preocupe por eso, buen hombre. El analista es mi hermano, yo soy psiquiatra; estoy haciendo un estudio comparativo sobre la capacidad de aguante y las distintas respuestas y reacciones que tienen las personas sometidas a un estrés predeterminado y ante situaciones extrañas que no pueden controlar.

Cerró el botecito, se lo guardó y, guiñándole el ojo, añadió con una gran sonrisa:

- Quédese tranquilo, su secreto estará a salvo conmigo. Ah, y que conste que su comida es fantástica. A veces me dio auténtica pena tener que marcharme dejándola intacta.

Y, diciendo eso, se levantó y se marchó, esta vez sin pedir la cuenta.

## EN LAS LINDES DE MI MUNDO

Por M<sup>a</sup> Ángeles Cantalapedra

El tiempo allí no pasa. Sigue estancado en mi campo castellano. Recio, áspero y frío en invierno; cubierto de algodones en niebla de perlas grises. El aire revolotea entre gélidas campanadas en la inmensidad del silencio... Aún así, es mi tierra, mi mundo, mi esencia. Es mi barrio chico, prendido en los bordes de mi alma que, cuando estoy lejos, la añoranza destila lágrimas negras por esa tierra que es calle de ida y vuelta, ensanche de mis raíces y ventanal del más profundo sentir.

Inherente a su propia naturaleza, las estaciones corren bajo el bullicio de las aguas de un Pisuerga, a veces, tan turbio como el barro cocido en una ciénaga estancada. Al llegar el estío, el olor a polvo y heno resucita los sentidos de mi infancia.

Entonces, los viejecillos de luna seca y sonrisa parca, sientan su esqueleto en esas noches de aire suave contando historias sobre mis calles mojadas de recuerdos. Ven pasar la vida en las horas que el sol duerme al abrigo del rumor de palabras con savia... Y es que en mi pueblo, las tinieblas encandilan tanto a las luciérnagas como a esos hombrecillos en las noches de verano a los largo de los caminos empinados de un Simancas con esencia de mujer vieja y dolorida.

Corro a los verdes campos de la Castilla serena y jocosa en los días en que se viste de fiesta; salpico mis verdades entre gente de oro cal y siembra.

Y, cuando el bochorno se despiste a otras tierras, plegaré mis alas de duendecillo soñador para retornar a otros mundos más ruidosos, de barrios anodinos, pesares en sus costras y duelos sin retorno.

Pero... en mi corazón llevaré tatuado el viejecillo de luna seca y sonrisa cálida que me contaba historias en la calles de mi pueblo cuando era niña, cuando era joven y, hoy, cuando la plata se ciñe sobre mis sienes, aún recuerdo aquel pueblo de mi infancia.

## **EN UN LUGAR DE MI CIUDAD...**

**Por M<sup>a</sup> Ángeles Cantalapedra**

Es domingo... Tengo una cita ineludible.

Amanece entre volutas de niebla.

Me gusta sentir el día desperezarse entre algodones e ir descubriendo las sombras de mi ciudad.

Disfruto beber la soledad del asfalto.

Las calles silencian los vahos de la noche; no hay rastro de humanidad.

Sólo tú y yo en busca de un café; humo entre nuestras palabras cortadas en leche y mermelada.

Susurros en mis manos de tinta y papel. Efemérides, esquelas y natalicios.

Tiempo robado a nuestras horas, voces secretas que narran nuestras ausencias.

La luz se hace hueco en medio de la nube, a veces tan gris como la vida.

Coloreamos historias, amamos los vacíos, anhelamos los recuerdos.

Hablamos y hablamos, diálogo que vomita nuestra esencia de seres en un planeta convulso de arenisca y cal.

Te escucho, me sientes, en medio de un mundo cada vez más sordo y opaco.

Después...

Caminamos firmes hacia un lugar dibujado en un mapa invisible; nuestras miradas se encienden igual que los farolillos en una verbena estival.

Sinfonía frutal, coral de aromas, nuestra risa fluye.

Torrentes que manan coloridas mezclas, racimos de texturas en nuestros dedos.

El sol aprieta en esta mañana dominical mientras los minutos nos rocían de alegre folclore.

Los puestecillos surgen y bailan entre los caminos recién sembrados; nos miramos, comentamos, jaleamos el diálogo en sus gestos más profundos, en letras sin dueño.

África, payos y calés nos fundimos en trueques improvisados licuando sensaciones pigmentadas en querencias.

Observo en silencio, mamo el ambiente engrandecido por la hora que repica mientras que por mi cestillo de mimbre asoma la planta en flor, la acelga recién cortada, el pañuelo primaveral.

Ya es tarde... Debemos separar nuestros pasos con el cargamento de virutas de miel.

Atrás queda ese lugar mágico donde retozamos anhelos nimios y el calor de la amistad.

Mañana será lunes y pronto volverá a ser domingo en el mercadillo de mi ciudad.

## “LA PLAZA CRUCIFICADA” O EL BARRIO BUTTELER EN PRIMAVERA

(Caticrónica)

Por Cati Cobas

Para aquellos lectores que hablan de la melancolía de muchas de mis crónicas y que aún así, gustan de ellas...

.....  
.....  
“**Siglo veintiuno sin Discepolín, en qué tiempo oscuro nos toco vivir...**”

“Ya fue” Letra y música de Ignacio Copani

La manzana se está cayendo del mapa de Parque Chacabuco. Parece Tupac Amaru, disputada por Boedo y Pompeya. A pocas cuadras del “Viejo Gasómetro” –antiguo Estadio de San Lorenzo de Almagro- para sus fieles seguidores -entre los que toda mi familia se cuenta oprobiosamente reemplazado por un hipermercado francés, aparece aquel que porta el pretensioso nombre de “barrio” dentro de mi Barrio. Es un cuadrado de apenas cien metros de lado cuyas diagonales (todas con el mismo nombre que honra a Azucena Butteler, la propietaria de la tierra en que se construyeran las modestas casitas de techos horizontales) vuelven a crucificar al autor de **Yira Yira** y **Cambalache**, su Biblia y su calefón en una plaza que lleva su nombre.

Es el 21 de septiembre, comienzo de la primavera por aquí, y en un día de atmósfera diáfana y cielo azul camino por Senillosa y Zelarrayán sintiendo que, con mi presencia, violento una realidad hecha de adoquines y malvones, de pava, mate y bizcochitos. Estoy casi, casi, **después del paredón**, parafraseando a Homero Manzi. Todo tiene un aire melancólico, de pobreza. Digna, pero pobre al fin. Un impertinente color gris se mezcla con el blanco y crema de las modestas casas y con el color del jacarandá que verdea allá, a lo lejos. En este cuadrado en el que vivieran el intérprete del bandoneón “Tití” Rossi y el músico rosarino Juan Carlos Baglietto, las melodías se intuyen aunque no suenen, y puedo percibir las dos vertientes que también fluyen en mi vida: el tango, de la mano de mi padre, de esta ciudad y del ayer y el rock, que me alcanza Fernando, mi hijo con las realidades de un hoy que me esfuerzo por aceptar y comprender.

En silencio respetuoso, como llegando tarde a una Misa cotidiana, me adentro, siguiendo la calzada de uno de los brazos de la cruz -y descartando, por estrechas, las aceras- en la plaza que lleva el nombre de Enrique Santos Discépolo.

Me pregunto qué diría Discepolín al verse, ojos de ciego, gracias a la mano burlona de algún gracioso, en el modesto bronce de un busto que no pinta de cuerpo entero su desgarrada y particular estampa, para dar honra a él y a sus inolvidables tangos. Y me

conmuevo al girar la cabeza y contemplar, en pleno mediodía, su letra corporizada “in situ” porque en uno de los bancos, cubierto con una frazada, duerme alguien que debe haber encontrado, sin ninguna duda, **secas las pilas de todos los timbres que apretó.**

¿Le gustaría a aquel que murió sin la compañía de muchos de sus amigos -por defender un movimiento, el peronista, que para él representaba una forma de darle lugar a aquellos que nada tenían- este rincón de Buenos Aires cuyos letreros ni siquiera se ponen de acuerdo? Es que hay varios en los que Doña Azucena se llama “Buteler” con una sola t mientras en otros esa letra se duplica. ¿O consideraría este detalle como una muestra más de las incoherencias cotidianas que tan bien sabía denunciar en sus letras?

Creo que, a pesar de todo, preferirá poner sus ojos en el **sueño de juventud** de aquella muchachita que, sentada en un banco adornado con filetes, mercadea flores con el vendedor ambulante ataviado con una brillante camiseta azul y oro que lo convierte en hipotético blanco de algún trasnochado integrante de la barra de “El Ciclón” que se reúne en esta plaza por las noches.

Discépolo no puede responderme. Me deja con los enigmas de una vida que adivino crucificada igual que la plaza que lleva su nombre. Tal vez, por la indecisión y la falta de coraje para romper el vínculo con su mujer, la dominante Tania y hacerse hombre de verdad, más allá del dolor de su orfandad, o, quizás, porque la lente de su alma de niño grande estaba graduada en “orsay” y percibía demasiado la miseria humana. Pero, a pesar de su silencio y de la tristeza que alienta en éste, su “rincón-barrio” de mi Barrio, una bandada de palomas alza vuelo como si quisiera llevarme a los murales de las esquinas que se abren a las avenidas La Plata y Cobo, en un intento por reconciliarme con un hoy en el que, por momentos, siento que Discepolín y su cuota de dolor, humor y amargura siguen teniendo tanta vigencia como cuando él escribió su **desencanto** y su **tormenta**.

Los murales, realizados en el 2004 por alumnos de varias Escuelas de Arte de la Ciudad, rinden homenaje al compositor con colores e imágenes relacionados con sus creaciones. Intentan tener personalidad propia y no copiar el colorido violento que cubre Caminito.

Veo reflejados a Buenos Aires y el tango en los pinceles de los jóvenes, y agradezco a las palomas que me marcaron el rumbo hacia sus pinturas porque la savia nueva, pienso, es el mejor remedio para las melancolías y, tal vez, habrá más de un Discépolo encubierto en los pibes que templan la guitarra aquí, alguna noche, el próximo verano, en la placita del Barrio Butteler.

Tangos a los que la crónica hace referencia: Yira Yira, Cambalache, Sur, Desencanto y Tormenta. Vals: Sueño de juventud. Todos, salvo Sur, son de autoría de E. S. Discépolo.

## LAS TAZAS DE MI ABUELA

Por Emma Rosa

Cada estancia de la casa de mis abuelos era como un pequeño museo, cada rincón con su propia personalidad.

El perchero-paragüero a la entrada, siempre parecía firme, como si de un soldado se tratara custodiando un castillo; a la derecha los paraguas, a la izquierda los bastones y coronando las perchas el abrigo y el inseparable sombrero de mi abuelo, y en una repisa, casi a ras del suelo, el gato de porcelana, siempre quieto: “no sé toca, eh”. “No, abuelita, nena no toca”, -contestaba yo, agarrándome las dos manos detrás de la espalda para evitar tentaciones.

El dormitorio grande con sus muebles de caoba, el esbelto armario con sus hermosos espejos y el juego de tocador, siempre intocable, cada pieza colocada sobre los pequeños tapetitos, impolutos, de ganchillo blanco, elaborados por las ágiles manos de mi abuela.

La pequeña salita, una auténtica joya para la vista, con sus paredes llenas de retratos, imitando árboles genealógicos, sólo bodas y comuniones, éramos muchos los nietos y había que compartir el espacio; sobre las repisas: las fotos de los recién nacidos, entre libros, figuritas delicadas, y otras no tanto, como las maracas o la pareja de negros zumbones traídos de Cuba.

Y el comedor, con sus sobrios y rotundos muebles de roble, mudos testigos de tantas comidas familiares. En la esquina, y dentro de una vitrina, la reproducción a escala de un buque transatlántico: “barcos que hacían las Américas y traían a los indios de vuelta a casa, al menos los que regresaban con posibles. Y dentro del Aparador, guardadas al fondo, el juego de tú y yo, oriundo también de Cuba: las dos tacitas rosadas, de exquisita forma, se diría que fueron hechas a capricho de un escultor, ni cuadradas, ni redondas, con sus platitos a juego.

Eran como un tesoro y se usaban en contadísimas ocasiones. Mi abuela tenía una tradición muy curiosa que empezó de casualidad: cuando su hija mayor llevó al novio por primera vez a su casa para presentarlo, ella, les sirvió a los futuros esposos el café en aquellas tazas, que por alguna extraña razón no se usarían hasta que su segunda hija llevó a su prometido, y así se convirtió en una tradición familiar, primero con sus hijas y luego con sus nietos y bisnietos; era como un ritual, mi abuela no decía ni que sí ni que no, sencillamente, si le gustaba el candidato, sacaba las tazas y servía el café, si no lo aceptaba o aún no estaba segura, las dos tacitas seguían reposando en el fondo del armario.

Han transcurrido casi treinta años, desde que mi abuela nos sirvió a mi novio y a mí el café por primera vez en aquellas tazas, y desde aquel día, me dije a mí misma que yo solo quería de herencia

aquel “tu y yo”. En marzo se cumplirán seis años de la muerte de mi abuela, y las tacitas, reposan desde entonces en el fondo del armario de mi hogar, ahora, recordando aquellos tiempos, me pregunto, si yo también algún día con mis hijos y mis nietos, seguiré con la tradición de mi abuela.

## LUGARES EN EL RECUERDO

Por Alicia Ríos

Desde el sendero implacable de tu risa se desmorona el tiempo en que te ansío con mis manos resquebrajadas de sostener un invisible. Se ha despertado el día y la congoja del ser aparece aporreando la puerta de la inmisericordia. Me agarra de los hombros y me empuja, una y otra vez, frente al muro de insumisión que creé a base de encierro. Me he perdido algo y no sé el qué; la vida me susurra que ella ha transcurrido sin mi aprobación, sin mi deseo, a veces, siquiera, sin mi agonía.

Innumerables veces acudo a mi destino, unas con soberbia, y otras implorando a gritos una verdad que me cure del fantasma del hastío. No hay nada más allá del ser que represente algún misterio. Todos ellos se encuentran esperando el momento perfecto para redescubrirse, para salir a la luz del sol y, aún así, hoy, como cualquier otro día en que lo sé, me pierdo en complejos absurdos desflorando la margarita. Si he perdido otra vez, lo habré ganado a pulso. Si apostaron por mí y defraudé, tal vez poseían demasiadas expectativas en un corazón, hartos ya de sucesos inacabados. Pierdo de nuevo y vuelvo a abrirme al mundo, mi alma no entiende de límites. Todos ellos se encuentran en mi pensamiento, formando barreras que superaré. He gemido de placer, sin tenerte en exclusiva ni un solo día y soy como cualquier otro vagabundo: un alma errante que busca la paz en las noches en vela, la felicidad entre las esquinas de otro naufragio. El deshielo de mi corazón, la franqueza del alma, la dicha. Pero todos esos naufragios, que en sí también llevan su opuesto, me ofrecen la tempestad, la hoguera del deseo precipitándose por bravos acantilados que me recuerdan la perversión que hallo en mi memoria. El dolor sirviendo de ejemplo, recordándome que la lección que aún no quiere ser aprendida ni asimilada. Y yo que necesito aún más tiempo para ser su esclava.

Indiferencia a pensamientos disfrazados. He tenido cerca el reposo del guerrero y tal vez lo he dejado para otra ocasión. Entre tanto, creceré entre mis lágrimas, si me sirven de consuelo, entre alaridos, y soñaré de nuevo con la puesta de sol mas hermosa que jamás haya contemplado, porque ardo en deseos de seguir. Mi batalla es mi camino. Muchas veces podré perderlo de vista, pero volveré a encontrarlo y se mostrará radiante ante mí. Me hablará con añoranza de esos lugares que compartimos, del ayer, de las veces que en su regazo me sentí eterna y recobraré entonces la esperanza de futuro. Recordando que para ello solo existe el ahora.

## NO HAY UN LUGAR EN EL MUNDO

Por Alicia Ríos

No hay un lugar en el mundo donde pueda cobijarme de tanta austeridad manifiesta, ni carne caliente que pueda sostener mis gélidas espaldas. No hay aliento, ni descanso, para este mar intranquilo, porque no encuentro un refugio dónde protegerme de mis alaridos locos, ni religión que pueda transformar en paz este tormento; y me abrasa el hastío de tu dolor en el pecho y no se dónde esconderlo, porque no hay un lugar donde tu no estés presente: ni en la comisura de mis labios, ni en el hemisferio izquierdo de mi cerebro. No digo ya fuera, en ese mundo arrogante que ignora qué ocurrió... ni se lamenta.

Tengo que resignarme con fingir que has muerto, que te devoraron las fieras de mi deseo. Que hubo un día en que no amaneció y reprocho aún al siguiente que el sol saliera en tu ausencia.

No soy un ser vivo ya, soy una escarcha, una alucinación, un espectro que vaga cada noche sin rumbo buscando unas migajas de paz que no merece.

Pienso en resucitarte, en resucitarme, busco un purgatorio donde, al menos, halle comprensión; pero me pierdo buscando otra vez el rastro de tu corazón, vivo, que persigo; y me pierdo persiguiendo, sin descanso, a sabiendas que todo está perdido.

No sé... quizá los cinco disparos que oí no fueran otra cosa que la traca de la feria del barrio, que no fuera ese tu cadáver, un cadáver sin rostro, destruido a cañonazos, sin una sola señal que pueda identificar contigo.

No, no debes ser tú.

Nadie pudo matarte mientras yo te amaba.

¡Tanto!

## RETRATO DE UNA ISLA (1810)

Por Manuel Cubero

Mi madre está empeñada en que yo no sea como mi padre.

-Que, entre tanto marino y tanto maestro artesano como hay en esta Isla de León, si quieres ser algo, tienes que conocer bien las letras y las cuatro reglas –me repite una y otra vez.

Y aquí estoy, que van ya para cuatro años de aprendizaje, encerrado en una habitación, redactando una composición sobre los sucesos que estamos viviendo estos días, y que luego –que me aspen si me equivoco- rubricará con su nombre el señor Cayetano antes de presentarlo a su amo como si se tratase de un trabajo personal. Que el hombre se pone a contarme lo que ve, y parte de lo que le dicen, y en seguida, ale:

-Escribe sobre esto que te acabo de contar, que un buen escribano debe de saber contar y comentar lo que le dicen.

Luego, para hacerme ver lo importante que es esto de oír cuanto se mueve a tu alrededor, van los dos, el maestro y mi madre, y me aconsejan:

-Hijo, hay que estar en el mundo y aprender lo que éste nos enseña.

Aunque mucho me temo que esto de que aprenda del mundo es sólo palabrería; si no, ¿a cuento de qué viene que me manden al desván y me pongan a escribir, o a averiguar cuantos pasos he de dar para recorrer de punta a rabo la calle Real, sabiendo que cada paso mide...? Quien quiera saberlo que se dedique a andar y cuente los pasos que hay, digo yo. Y a mí, que me dejen ir a jugar con los amigos que nada saben de letras, andan a la que salte, y se mueven más que un garbanzo en la boca de un viejo: del colegio de las monjas a la Casa de Comedias, de ahí al castillo de San Romualdo, luego, a donde haga falta y suene un real. Así, cada día le dan diez vueltas a la Isla, que es como dárselas al mundo entero. Ellos sí pueden decir que están en el mundo y aprenden de él.

Claro que, como yo no quiero ser menos, y por lo que pueda pasar, guardo para mí una copia de cuanto entrego al dichoso escribano éste que, convertido en maestro, bien me explota como criado para cobrarse sus lecciones.

Y, en estos ejercicios que me guardo, bien me cuidaré de que quede constancia de muchas cosas que, por discreción y seguridad de mis orejas, no aparecen en los papeles que para mi maestro redacto.

Entre ellas, las que nos traemos Vicente, el sobrino de su amo, y yo. Esas me las guardo; que por mucha sangre azul que digan que tiene, me temo que es pura mentira. Al final, resulta que es tan roja

como la mía. ¿Sangre azul? ¡Sí, hombre! Ganas de decir tonterías, porque yo bien que manché de sangre mi sable de madera con el último mandoble que le di. Y era roja, tan roja como la de este pobre aprendiz de escribano. Que me sospecho yo que, como dice mi abuela, “más diferencia hay entre apellidos que entre chiquillos”. Claro que, al menos, no se enfadó ni nada.

Y eso que su tío es un héroe... Dice el señor Cayetano que el 29 de diciembre del año pasado, lo hicieron prisionero los gabachos en la batalla de Barranco Hondo, pues antes de anochecer ese mismo día ya se había escapado. Digo yo que Vicente tiene la madera de su tío, bueno, lo dice su madre. Y se pone de orgullosa...

-¡Carajo! Que me diste y bien –refunfuñó cuando le di el sablazo.

-Esto son juegos de críos –dijo la mujer de Cayetano cuando nos vio entrar a escondidas para lavarnos los restos de sangre-, si los mayores se matan, ellos se apalean. Y vosotros, hijos, ya tenéis pelos en las piernas como para andar haciendo niñerías...

-¡Vaya mierda! -protestó Vicente, a quien le gusta usar palabrotas, como las que dicen los marinos en los barcos-. Somos grandes para usar sables de madera y muy niños para usar los de verdad.

Esa es una de nuestras penas, que con trece años, no tienes edad para nada, ni para ser niño, ni para ser mayor. Aunque estés a punto de cumplir los catorce, como yo. Con las ganas que tenemos de enrolarnos en un falucho de las Fuerzas Sutiles como el que manda su tío... Sobre todo cuando oímos a mi madre decir que la gente de esos faluchos es tan valiente que se las tienen tiesas con los gabachos por los caños. Gabacho que asoma el bigote por la orilla del caño, gabacho que lo pierde.

Pues nada, eso de “sois unos críos” está ya tan manido que hemos decidido que, en cuanto tengamos presencia para engañar a los de la leva, nos enrolamos como Voluntarios. Se va a enterar mi madre de lo que es un hombre... Porque, encima, siempre están poniendo de ejemplo a mi padre, a un tal don Dionisio Alcalá Galiano, pariente de Vicente, que también murió en Trafalgar cuando mi padre, y a todos cuantos, según dice el señor Cayetano, regaron con su sangre aquellas aguas hace unos años. Este don Dionisio era amigo del amo de mi madre, y su hijo don Antonio, que volvió a Cádiz cuando empezó el jaleo con los gabachos, viene de visita a casa de vez en cuando y escribe...

Ese sí que sabe escribir y no el señor Cayetano. Hasta entra en el Colegio de la calle Real, y luego escribe sobre las discusiones que allí se forman... Por cierto, que el señor Cayetano nos ha prometido referirnos algo de lo que se cuece en ese colegio desde que vinieron a él los señores del Gobierno de la Nación. Que desde unos meses para acá, con esto de que los gabachos se han hecho los amos de España,

más parece que nuestra nación enterita está aquí, en la isla: militares, obispos, los señores de la Junta Central, gentes de toda América...

Otro señor que escribe muy bien –al menos eso dice el amo- es un tal Pepito Robles, amigo de don Antonio Alcalá Galiano. ¡Y tiene que ser más peligroso cuando agarra la pluma...! Bueno, por lo menos, cuando él viene a casa, los demás hablan como si temiesen que tome nota de las conversaciones. Don Francisco Javier, el amo, dice que escribe en los papeles de “El Conciso”, que es un periódico que lee toda la gente de la Isla y de Cádiz, y que es progresista. Que yo aún no sé muy bien lo que es ser progresista, que es algo así como mirar al futuro. Al menos, eso es lo que yo saco en claro.

Otro de los amigos que vienen a jugar a casa del tío de Vicente - que es donde el señor Cayetano nos da sus clases-, es Antonio Zayas. El padre de ése sí que manda: es general. Ha estado por un montón de sitios peleando contra los gabachos, pero no con guerrillas, sino con un ejército de soldados de verdad, con uniforme y todo.

-Mi padre manda un ejército tan grande como el que mandaba el General Castaños cuando lo de Bailén –presume cuando hablamos de la guerra.

Antonio cuenta que está ahora con sus soldados en el Cerro de los Mártires, y que desde allí vigila los movimientos del enemigo. Cuando éste acerca al caño de Sancti Petri, avisa para que, desde los faluchos de las Fuerzas Sutiles, le den para el pelo.

Y les disparan bombas de verdad, de esas de 24 libras formadas por saquitos de metralla, no como las bombas de plomo que lanzan los gabachos desde Matagorda. Que son tan tontos que, para que el viento de levante no se lleve sus bombas a la quinta puñeta, no se les ocurre otra cosa que cambiarles parte de los explosivos por plomo. Y claro, las bombas ya no se van a matar peces a la Caleta, pero como no explotan ni nada, la gente del barrio de la Viña se lo ha tomado a guasa. Pepito Robles lo contó en “El Conciso” con tanta gracia que el tío de Vicente me hizo escribir un resumen para leérselo a los marineros de su tripulación.

-Aunque no os lo creáis –nos decía el otro día el señor Cayetano-, esas bombas sirven para algo. Oíd, oíd esta canción que se canta por Cádiz y veréis para lo que sirven:

Con las bombas que tiran  
los fanfarrones  
se hacen las gaditanas  
tirabuzones.

Pero las bombas que tiran los faluchos, esas hacen daño de verdad. Bueno, a lo que iba. Todavía no había dicho que el tío de Vicente se llama don Juan José de Villavicencio. Y su escribano, que es el señor Cayetano, es quien me está enseñando las letras, las

cuatro reglas y algo de latines. De camino, entre ejercicio y ejercicio, también hago algunos recados para los tíos de Vicente. Y si hay que llevar algo de un sitio a otro, pues aquí estoy yo.

Que puestos a pagar las clases con mi trabajo, lo que más me gusta es ejercer de recadero. En cuanto realizo las tareas, me voy a la cocina. Allí me dan un panecillo y algo de fiambre que me zampo en un decir amén, y luego, me mandan a llevar tal o cual cosa a alguno de los muchos señores que andan por aquí... Que desde que llegaron los gabachos, hay que ver la de gente importante que vive en la Isla. Hasta un monseñor al que los amigos llamamos el obispón, pues es más ancho que alto, y dicen que es de los que más mandan en la Isla y en España.

Vicente y Antonio me acompañan a escondidas. Dicen que sus padres no les permiten salir a hacer recados porque es cosa de gente humilde. Pero es que lo pasamos tan bien y aprendemos tanto del mundo...

Un día nos encontramos con Sixto, sobrino del escribano, que es mayor que nosotros. Estábamos por los alrededores de la Casa Consistorial viendo a los señores principales que entraban y salían. El caso es que como aquella gente no paraba, nosotros nos dedicamos a ir detrás de ellos, riéndonos de su manera de hablar, oyendo sus conversaciones y enterándonos de más de una de las trampas que, entre buenos modales y puñaladas traperas -al decir del señor Cayetano-, se dedicaban unos a otros. Pues si yo dijera dónde se metía más de uno de aquellos padres de la nación...

Hace un par de años, cuando Vicente y yo éramos unos críos, Sixto nos llevó a uno de aquellos sitios.

-Una casa de mujeres malas -nos dijo-. Pero ahí no podemos entrar los niños.

-Entonces... ¿qué hacemos aquí?

-Nos colamos en el patio que hay a la entrada de la casa. Y, como de vez en cuando se asoman a la puerta las mujeres malas, nos metemos con ellas...

-Pero si esas mujeres son malas ¿por qué entran ahí tantos señores?

-Porque a los hombres les gustan las mujeres malas, so tonto.

Pues un día nos metimos, y nos ocultamos en el patio, detrás de unos sacos que había amontonados. Desde allí, vimos a mucha gente. Hasta el señor Cayetano entró y saludó a una de aquellas mujeres, que salió a abrirle la puerta. Pero a mí no me pareció una mujer mala: era joven y guapa, y lo saludó con mucho cariño.

-¡Hijo de puta! ¡Vaya suerte que tiene mi tío! –dijo Sixto-. ¡Anda que no está buena!

-Entonces, esa mujer no es mala –dije yo.

-¡Pues claro que es mala...!

-Pero, ¿no has dicho que es buena?

-Otro día te lo explico –me dijo, sin aclarar nada.

El caso es que tuvimos que salir corriendo a escape sin podernos meter con nadie por miedo a que el señor Cayetano, que estaba dentro, se enterase.

Ahora, un par de años más tarde, hemos vuelto a ir... Y resulta que los señores principales, esos que están viniendo para reunirse en la Casa de Comedias, también van a esas casas... Y el señor Cayetano, con su pata de madera y todo, aún sigue yendo, que lo hemos visto más de una vez y siempre sale a recibirlo su amiga de siempre.

Bueno, creo que no había dicho que el señor Cayetano es cojo. Estuvo embarcado un tiempo hasta que en una batalla que hubo antes de la de Trafalgar, también contra los ingleses, un cañonazo se llevó por delante su pierna izquierda. Por eso, cuando volvió a la Isla, el comandante de su barco lo recomendó a los señores de Villavicencio, y desde entonces es su escribano.

Porque el señor Cayetano era huérfano. Antes de enrolarse en la marina, había estado de novicio en un convento de Cádiz donde, como era muy despabilado, aprendió latines y todo. Lo que pasa es que, como no tenía dinero, se metió en el negocio del contrabando, y escondía el material en su celda del convento hasta que iban a recogerlo los marchantes.

El caso es que, en uno de aquellos trasiegos de contrabando, se formó una gresca en la fachada trasera del convento, justo debajo de la ventana de su celda y hasta tuvo que intervenir el obispo.

Poco tiempo después de aquello fue cuando el señor Cayetano se enroló en el Bahama, un barco que mandaba don Dionisio, el pariente de su amo.

-Como que si no se embarca, mi tío va derecho a la cárcel – dice Sixto.

## SIN PASAJE<sup>(1)</sup>

Por Andrea Zurlo

Sentado en el banco habitual, con la maleta ajada de inútil espera a sus pies, Luigi sacó el reloj de bolsillo con gesto ampuloso. Eran las once y media: la hora de la nueva vida. Su amigo, Nicola, decía que siempre hay que recordar los momentos importantes, y él llevaría escrita esa hora con tinta indeleble.

Su amigo también le comentó que, por aquellos pagos, bastaba poco para ser bautizado de nuevo. Y era cierto. Apenas llegado al puerto, un señor de bigotes oscuros, y pelo de escoba asomándole por debajo del gorro del uniforme, le escribió en el documento 'Luis Chelini', sin querer oír explicaciones, y así quedó anulado 'Luigi Celini' para sí mismo y para la posteridad.

La ciudad enorme se extendía ante él llena de ruidos ficticios y extraños a su quieta llanura de niebla. Sabía que le esperaba un largo viaje, y que no iba a ser tarea sencilla encontrar a los parientes y amigos desperdigados y de paradero incierto que partieron sin destino antes que él.

Comenzó su peregrinar de inmigrado en un tren que, alejándose de la ciudad entre chirridos metálicos, devoraba tapias bajas y descoloridos, corriendo hacia casuchas pobres, rodeadas de gallinas que picoteaban tranquilas antes de la cacerola, y que se desvanecieron en el paisaje ahogadas en un verde sin límites, cada tanto quebrado por un manojito de árboles urgentes, mientras que una pequeña humanidad dejaba sembradas miradas expectantes desde las ventanillas del tren.

La locomotora amainó su marcha en un puerto sin nombre y Luigi prosiguió su viaje en un barco perezoso, oxidado y doliente, que se arrastraba por un río de aguas marrones saturado de verdor y de mosquitos voraces. Un viaje lento aguas arriba, donde conocería a unos fulanos de mala fama: uno que llamaban "Chango", y que tendría unos quince años, pero al que ya le despuntaba en la cara la vida acuchillada dos puertos más adelante; el "Gordo", que yacía desparramado sobre dos sillas, sin poder mover su mole inmensa y grasienta; y otro, sin palabra ni apodo, que llevaba un cigarrillo apagado pegado en el labio y que estafaba a los pasajeros con los naipes. Luigi se les adosó esperando compañía y ellos le aceptaron esperando desplumarle, pero lo salvó el capitán que, viéndolo tan joven, lo mandó donde el inglés que talaba árboles y daba un pedazo de tierra para sembrar algodón y, entonces, el Chango, el Gordo y el mudo sin apodo se convirtieron solo en otro recuerdo, otra anécdota, como todas las que contaba Nicola en las noches de invierno, con su voz quebrada de vejez y nostalgia juvenil.

Había pasado el medio día cuando Luigi sacó de nuevo el reloj de bolsillo.

El sol confuso y otoñal rompía las nubes golpeando sobre sus ojos ancianos, que ya no distinguían la figura del barco alejándose. Levantó con esfuerzo ese cuerpo cada día más ajeno y pesado, y alzó la maleta que no conocía otro destino más que un muelle del que nunca partió, ante las miradas entre risueñas y compasivas de los hombres del puerto.

Mientras emprendía lentamente el camino hacia casa, Luigi se volvió para despedirse hasta el día siguiente de ese mar que arrastró lejos sus sueños y jamás se los devolvió, y oyó la voz del guardián que lo perseguía flotando en el aire con la pregunta diaria:

- ¿Dónde fuimos hoy, Luigi?
- A ningún lado...sin pasaje.

## **SOBRE SEPARACIONES Y DISTANCIAS**

**Por Andrea Zurlo**

Viajes y movimiento no responden a una única lógica.

En nuestro ADN queda un gen del nómada, del movimiento como artífice de la supervivencia.

En la época de la primera guerra mundial, mi abuelo se puso en movimiento desde Italia a Argentina. Emigró escapando de la guerra y del hambre, de una miseria que en algo se asemeja a esa del África actual, pero que se acompaña a una idiosincrasia y a un período histórico totalmente diferentes. Esa acción era, para muchos, un punto de separación: las promesas caían pisoteadas por los kilómetros, las cartas se perdían en perezas y en viajes interminables, hasta que la distancia cumplía su cometido de separar irremediablemente.

Para otros, significó un cambio de vida, pero no una separación definitiva de la tierra de nacimiento, de la 'patria'. Sin embargo, también podía dar origen a un sentimiento de incertidumbre, un no ser ni de aquí ni de allí, un no querer volver, un no querer irse. La sensación de no pertenecer, de un océano sumergiéndonos.

Una historia infinita que afecta a una multitud de gente en continuo movimiento: quién por necesidad, quién por voluntad, quién por obligación o por persecución. Cambiamos lugares llevados por una onda gigante que ahoga a muchos, en la que perecen millares, que permite que algunos lleguen a la costa, y que deja triunfar a unos pocos.

Ciertas veces los lugares quedan impresos en la piel y en el alma, otras los cancelamos.

Se puede navegar entre dos océanos, ser una planta híbrida que no hecha raíces en ningún sitio, que crece respirando distintos aires, que vive nutriéndose de cualquier lluvia y de cualquier tierra, que absorbe la luz de cualquier cielo. Y esa planta podrá germinar en cualquier parte, dará sus frutos híbridos, perecerá en cualquier lugar, la cubrirá cualquier tierra, para volver a ser polvo arrastrado por el viento, sin destino.

El lugar más importante, aquel que nos llevamos siempre auestas no tiene que ver con la tierra, está escondido dentro nuestro, es el que reservamos a los amores y a los desamores, a las pasiones y a los dolores, a las alegrías y a las tristezas, a los recuerdos. Un espacio con cajones donde plegar días nublados y grises, sonrisas perdidas, memorias imposibles, ocasiones olvidadas, ocasiones perdidas. Y es allí donde anidan, para muchos, la separación y la distancia, con sus telas de araña y sus vidrios empañados de lágrimas.

La separación es la acción de alejarse, la distancia es la magnitud que la mide. Ambas guardan una fuerte interrelación.

Cuando la separación y la distancia afectan nuestros sentimientos, nuestros afectos; cuando sabemos que hemos perdido lo amado en la distancia; cuando la separación se convierte en realidad innegable, en acto ineludible, y la magnitud de la distancia no se acorta tampoco con las palabras mentidas y siempre más débiles, pérdidas en ecos de kilómetros, cuando la vida ya no puede ofrecer la posibilidad del reencuentro, es entonces que nos resuena en los oídos la palabra NUNCA, esa palabra que no habríamos jamás querido oír...nunca, never, mai, jamais, niemals, aldrig...

Y el tiempo no cancela la separación y la distancia, esa herida que no cicatriza, y deja un lugar en nuestras entrañas destinado a contener una memoria, muchas veces, imborrable y dolorosa.